

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS

### La carne y el Espíritu (Mensaje 11)

Lectura bíblica: Ro. 1:9; 2:28-29; 7:17-18, 20-21; 8:4-6, 9-10, 13, 16; 12:11

- I. El libro de Romanos se centra completamente en la vida y consta de tres secciones:
  - A. La primera sección trata acerca de la redención con miras a la justificación, la segunda sección trata acerca de la vida con miras a la santificación, y la tercera sección trata acerca de la edificación con miras al Cuerpo expresado como las iglesias locales.
  - B. En la sección que trata acerca de la vida hay dos expresiones clave relacionadas con nuestra vida cristiana: *la carne y el espíritu*.
- II. Si queremos vivir por el espíritu mezclado, esto es, el Espíritu que está con nuestro espíritu (8:16; 1 Co. 6:17), debemos ver lo que es la carne:
  - A. La carne es el cuerpo que fue corrompido, contaminado y transmutado:
    1. El cuerpo humano originalmente era puro, pero debido a la caída del hombre, Satanás se inyectó en el hombre y el cuerpo del hombre llegó a ser la carne—Gn. 3:6; Ro. 7:18a.
    2. Nuestro cuerpo es “el cuerpo de pecado” (6:6) y el “cuerpo de esta muerte” (7:24); el cuerpo de pecado está muy activo y lleno de fuerzas en pecar contra Dios, y el cuerpo de esta muerte es débil e impotente en actuar para agradar a Dios (v. 18).
    3. En tanto que vivamos, y hasta el día de nuestra redención, este cuerpo de pecado y de muerte siempre nos acompañará—cfr. 8:23.

4. La palabra *carne* también se refiere a todo nuestro ser caído; el hombre es enteramente carne puesto que hoy el ser caído está bajo el dominio de la carne caída—3:20; Gn. 6:3a.
- B. La carne es el “salón de reunión” y un compuesto del pecado, la muerte y Satanás; la carne es un caso perdido y jamás podrá ser mejorada—Ro. 7:17-18, 21; cfr. Jn. 17:15.
- C. La carne está en enemistad con Dios, no se sujeta a la ley de Dios, y nunca puede agradar a Dios—Ro. 8:7-8.
- D. El pecado es Satanás mismo como “el mal” en nuestra carne—Jn. 17:15; Ro. 7:21:
  1. “El mal” es la vida, la naturaleza y el carácter malignos de Satanás mismo, quien es el pecado que mora en nosotros; cuando el pecado está inactivo dentro de nosotros, es meramente el pecado, pero cuando lo despertamos queriendo hacer nosotros el bien, el pecado se convierte en “el mal”.
  2. El pecado puede engañarnos, matarnos (v. 11), enseñorearse de nosotros, es decir, ejercer dominio sobre nosotros (6:12, 14), y llevarnos a hacer cosas en contra de nuestra voluntad (7:17, 20); todas estas actividades muestran que el pecado es una persona viva.
  3. El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, el maligno, quien, habiéndose inyectado en el hombre por medio de la caída de Adán, ahora ha llegado a ser la naturaleza misma del pecado, la cual mora, actúa y opera en el hombre caído—cfr. Mt. 16:22-23.
  4. En Gálatas 2:20 Pablo dice: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”, y en Romanos 7:17 él dice: “Ya no soy yo [...] sino el pecado que mora en mí”; esto nos muestra que el pecado es otra persona que está dentro de nosotros.
  5. En nuestra carne no mora el bien, porque la carne está completamente poseída, usurpada, por Satanás como pecado—v. 18a.
- III. Por el bien de Su economía, Dios, según Su sabiduría y Su soberanía, usa nuestra carne pecaminosa y aborrecible para obligarnos a volvernos a nuestro espíritu a fin de que ganemos más del Espíritu por causa de Su edificación, la cual se lleva a cabo

- mediante el crecimiento de Dios en nosotros—Col. 2:19; Zac. 4:6:
- A. Nosotros estamos en el espíritu o en la carne; no existe un tercer lugar donde podamos estar; el creyente es una miniatura del huerto del Edén, donde está Dios como el árbol de la vida en su espíritu, Satanás como el árbol del conocimiento en su carne, y en medio de estos dos, su mente—Ro. 8:6.
  - B. Desde la perspectiva jurídica, tanto Satanás como nuestra carne fueron condenados una vez y para siempre en la cruz (v. 3; Jn. 3:14; He. 2:14; 2 Co. 5:21), sin embargo, Dios ha permitido que la carne permanezca con nosotros para ayudarnos y obligarnos a volvernos a Cristo en nuestro espíritu y a no tener ninguna confianza en la carne (Fil. 3:3).
  - C. Sin la ayuda que nos provee nuestra carne pecaminosa y aborrecible, no nos sentiríamos tan desesperados por ganar al Señor ni por que Él se forje en nuestro ser—Ro. 8:6, 13.
  - D. Es posible que nosotros tengamos por meta la santidad, la espiritualidad o la victoria, pero la meta de Dios es forjarse en nuestro ser; a menudo cuando nos encontramos en una situación difícil, estamos más abiertos al Señor y más dispuestos a volvernos a Él y a permitir que Él se forje en nosotros—vs. 28-29.
  - E. Si le buscamos a Él, incluso el compuesto pecaminoso que es nuestra carne, vendrá a ser una ayuda para que ganemos al Señor; debido a que fracasamos tan a menudo, nos sentimos desesperados por volvernos a nuestro espíritu, y de este modo, ganamos más del Espíritu—cfr. Éx. 23:23, 29-30; Jue. 2:21—3:4.
  - F. Nuestras dificultades, derrotas, fracasos y desilusiones nos llevan a comprender que no tenemos ninguna esperanza en la carne; la carne únicamente sirve para obligarnos a que nos volvamos a Cristo en nuestro espíritu, nos compela a entrar en el espíritu, nos hace que estemos desesperados por adentrarnos en el espíritu y hace que nos mantengamos vigilantes para estar siempre en el espíritu—Mt. 26:41; Ef. 6:17-18.
  - G. Al Señor no le interesa si experimentamos la victoria o no; al Señor sólo le interesa una cosa: que nosotros le ganemos a Él como el Espíritu—Fil. 3:8; 2 Co. 3:17-18.

- IV. Nuestro espíritu es un maravilloso compuesto: está compuesto de Cristo, el Espíritu y la gracia—2 Ti. 4:22; Ro. 8:16; Gá. 6:18:
- A. Dios desea que nosotros andemos conforme a este maravilloso espíritu compuesto (es decir, que nuestro ser y nuestro vivir, con todo lo que decimos y hacemos, sea conforme al espíritu)—Ro. 8:4; Fil. 1:19; 1 Co. 6:17; cfr. Éx. 30:23-25.
  - B. Únicamente aquellos que andan conforme al espíritu pueden ser miembros apropiados para la edificación de una iglesia local; si no somos aquellos que tienen tal andar, tarde o temprano causaremos problemas a nuestra iglesia local—Gá. 5:16-26.
  - C. Romanos revela que todo lo que somos, todo lo que hacemos y todo lo que tenemos debe estar en el espíritu; esto nos guardará de la vanidad de la religión—Ro. 1:9; 7:6; Fil. 3:3:
    - 1. La realidad de todas las cosas espirituales radica en el Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios está en nuestro espíritu; así que, la realidad de todos los asuntos espirituales radica en nuestro espíritu, y no en algo aparte de nuestro espíritu—Ro. 8:5-6, 9, 10-11.
    - 2. Todo lo que está en nosotros es vanidad, a menos que esté “internamente”, en nuestro espíritu, no “externamente”, en la carne—2:28-29; 8:4, 10, 13; 12:11.
    - 3. Todo lo que Dios es para nosotros se encuentra en nuestro espíritu—8:16; 2 Ti. 4:22.
  - D. Dios reservó el espíritu humano para Su propósito—Zac. 12:1; Pr. 20:27.
  - E. Nuestro espíritu hoy es la verdadera Bet-el, la casa de Dios y la puerta del cielo; cuando nos volvemos a nuestro espíritu, estamos en el tercer cielo—Ef. 2:22; Gn. 28:12, 17, 19.
  - F. Cuando estamos en nuestro espíritu, estamos en el Lugar Santísimo, donde tocamos el trono de la gracia y somos sustentados por Cristo para llevar una vida celestial en la tierra—He. 10:22a; 4:16.
  - G. En nuestro espíritu podemos vencer el mundo, y el maligno no puede tocarnos; la única manera de vencer a Satanás es permanecer en el alto refugio de nuestro espíritu regenerado—1 Jn. 5:4, 18; Jn. 3:6; 14:30.
  - H. Debido a que Cristo como Espíritu vivificante se ha impartido

- en nuestro espíritu, nuestro espíritu es vida (gr. *zoé*)—Ro. 8:10.
- I. Nuestro espíritu es el lugar de unidad; únicamente podemos ser uno si adoramos a Dios en nuestro espíritu, el cual es la Jerusalén actual—Jn. 4:23-24; Sal. 133.
- J. Cristo, el alimento celestial y espiritual, está en nuestro espíritu, y nosotros debemos comerlo a Él a fin de ser Su testimonio y crecer en Él con miras a la edificación de Su Cuerpo—Jn. 6:57, 63.

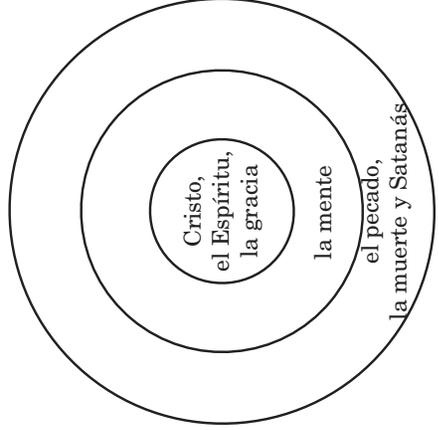
# La mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz (Ro. 8:6)

## LA VIDA:

Satisfacción  
Fortalecimiento  
Refrigerio  
Ser regados  
Iluminación  
Ungimiento  
Rebosamiento

## LA PAZ:

Alivio  
Armonía  
Reposo  
Gozo  
Libertad



## LA MUERTE:

Insatisfacción  
Vaciedad  
Debilidad  
Vejez  
Sequedad  
Oscuridad  
Depresión  
Lucha  
Discordia  
Incomodidad  
Inquietud  
Dolor  
Cautiverio  
Pena

## MENSAJE ONCE

### LA CARNE Y EL ESPÍRITU

Debemos iniciar este mensaje considerando el diagrama de la página 328. Este diagrama está relacionado con Romanos 8:6, que dice: “La mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz”. Este versículo muestra que nosotros somos una miniatura del huerto de Edén. Si ponemos la mente en nuestro espíritu, nuestra mente llega a ser vida, es decir, *zoé*. Esta vida equivale al árbol de la vida. Cuando ponemos la mente en el espíritu, nuestra mente no sólo llega a ser *zoé*, sino que también llega a ser paz. Cuando ponemos la mente en el espíritu, nuestra mente llega a ser parte de la Nueva Jerusalén, porque la Nueva Jerusalén es una ciudad de *zoé*. Además, la Nueva Jerusalén es una ciudad de paz, pues *Jerusalén* significa “el fundamento de la paz”. Cuando ponemos la mente en el espíritu, nuestra mente en realidad llega a ser parte de la Nueva Jerusalén. Sin embargo, cuando ponemos la mente en la carne, nuestra mente se hace muerte. Esta muerte equivale a la muerte que proviene del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Tanto nuestra carne como nuestro espíritu son compuestos, son salones de reunión. Nuestra carne se compone de la muerte, mientras que nuestro espíritu se compone de la vida. Nuestra carne es el “salón de reunión” del pecado, de la muerte y de Satanás, mientras que nuestro espíritu es el “salón de reunión” de Cristo, del Espíritu y de la gracia. Debemos preguntarnos en cuál de los salones estamos: ¿estamos en el salón de reunión de la carne o en el del espíritu? Ciertamente deseamos estar en el salón de reunión del espíritu.

Conforme al diagrama, el pecado, la muerte y Satanás están en nuestra carne. Éste es un compuesto terrible, un salón de reunión terrible. Nuestro cuerpo es un cuerpo de pecado y un cuerpo de muerte (6:6; 7:24). En Romanos 7 el pecado está personificado, pues nos engaña, nos mata y nos lleva a hacer cosas que no queremos hacer (vs. 11, 15-17). De hecho, la definición del pecado es el propio Satanás que mora en nosotros; es Satanás que mora en nuestro cuerpo y hace

que éste sea transmutado, corrompido y contaminado con el pecado y la muerte. Pero no tenemos que permanecer en el salón de reunión de nuestra carne, ya que tenemos otro salón, el salón de reunión de nuestro espíritu.

En el salón de reunión de nuestro espíritu están Cristo, el Espíritu y la gracia. En primer lugar, Cristo está en nuestro espíritu. En 2 Timoteo 4:22 leemos: “El Señor esté con tu espíritu. La gracia sea con vosotros”. El Señor está con nuestro espíritu, y la gracia está con nosotros. Cuando estamos en nuestro espíritu, estamos bajo el señorío de Cristo y bajo Su autoridad y reinado. Él es nuestro Señor, nuestro Rey, nuestro Esposo y nuestro Gobernador. El Señor está con nuestro espíritu.

En segundo lugar, el Espíritu está con nuestro espíritu. Romanos 8:16 dice: “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. El Espíritu que está con nuestro espíritu es el espíritu mezclado, y el espíritu mezclado es la clave de toda nuestra vida cristiana y el secreto de la salvación orgánica que Dios efectúa. Tenemos la clave de toda nuestra vida cristiana. Ser cristianos sin saber nada acerca de nuestro espíritu mezclado es semejante a tener un automóvil sin poseer la llave. Si no tenemos la llave del auto, sólo podremos verlo pero no conducirlo. Para encender el auto se necesita la llave. Alabado sea el Señor porque nosotros sabemos que ejercitar nuestro espíritu mezclado es la clave de toda nuestra vida cristiana.

Tercero, la gracia está en nuestro espíritu. Gálatas 6:18 dice: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu, hermanos. Amén”. La gracia está con nuestro espíritu. La gracia es Dios en Cristo como Espíritu para nuestro disfrute. Si queremos disfrutar al Señor, tenemos que estar en nuestro espíritu, porque la gracia está con nuestro espíritu.

Los entrenantes que participan en el Entrenamiento de Tiempo Completo con frecuencia hacen ciertas preguntas a sus entrenadores, a saber: “¿Cómo puedo saber cuando estoy en mi espíritu? ¿Cómo puedo saber cuando estoy en mi carne? ¿Cómo puedo saberlo?”. Estar en la carne o en el espíritu es algo que depende de si vivimos conforme al Espíritu y de si somos guiados por Él; así que, en cierta medida éstas son preguntas que siempre nos haremos. Pero hay ciertos momentos en que llegamos a una encrucijada en nuestra vida y tenemos que tomar decisiones importantes; entonces tales preguntas se convierten en algo más apremiante. Por ejemplo, al graduarse los entrenantes

deben decidir lo que harán después de completar el entrenamiento. ¿Servirán al Señor a tiempo completo? ¿Tomarán un curso de posgrado? Aun los estudiantes del último año de la escuela secundaria tienen que decidir a cuál universidad asistirán. Estas decisiones deben tomarse según el espíritu y no según la carne, pero ¿cómo podemos saber lo que es el espíritu y lo que es la carne?

Según Romanos 8:6, la mente puesta en el espíritu es vida y paz. El diagrama de la página 328 nos muestra una lista de las sensaciones internas que guardan relación con la vida. La primera sensación es la satisfacción. Cuando ponemos la mente en el espíritu, interiormente percibimos cierta satisfacción. Al poner la mente en el espíritu, somos fortalecidos por la presencia de Dios. La presencia del Dios Triuno es el Espíritu; es decir, el Espíritu en nuestro espíritu es la presencia del Dios Triuno.

Cuando ponemos la mente en el espíritu, tenemos una sensación de frescor, un refrigerio interior. Este refrigerio es indescriptible. Cuando alguien que se gradúa de la escuela secundaria tiene que escoger a cuál universidad debe ingresar, ¿en qué debe basarse para tomar su decisión? Recientemente una hermana joven tuvo que decidir si debía ingresar a una renombrada universidad o no, y ella vino a mi casa para hablar con mi esposa y conmigo ya que muchas personas le habían dicho que debía ingresar a esa universidad. Ella se sentía preocupada, sobre todo porque no tenía ese sentir de refrigerio interno al tomar en consideración tal universidad. Tan sólo le dije que pusiera su mente en el espíritu para que pudiese recibir un sentir de vida y paz cuando ella tomara la decisión.

La base sobre la cual uno determina a cuál universidad debe asistir no tiene que ver con lo correcto ni con lo incorrecto; tampoco se trata de elegir la universidad de mejor prestigio académico; antes bien, es algo que está intrínsecamente relacionado con el sentir de vida y paz. Por tanto, conviene orar: “Señor, ¿cuál es Tu perfecta voluntad para conmigo?”. Luego a medida que usted pone la mente en el espíritu, y mientras ora y tiene comunión con el Señor, usted percibirá un sentir interior, ya sea de satisfacción o de insatisfacción, cuando considera si debe ir a cierta universidad. Si usted percibe un sentir de insatisfacción, vaciedad, debilidad, vejez y sequedad, debe entender que ésa no es la universidad que debe escoger. Por el contrario, usted debe tomar la dirección que le da un sentir interior de satisfacción, fortalecimiento, refrigerio, riego, iluminación, unguimiento y rebosamiento. Esto fue lo

que compartí con aquella hermana que llegó a nuestra casa para tener comunión; entonces ella oró y finalmente decidió asistir a otra universidad. Ella tomó dicha decisión porque ésa fue la dirección que le dio su sentir interior de vida y paz. Podría citar muchos ejemplos como éste.

Debemos poner nuestra mente en el espíritu. Es maravilloso tener un sentir interior de satisfacción, un sentir interior de fortalecimiento y un sentir interior de refrigerio. El sentir interior de refrigerio es semejante a un “aire acondicionado” celestial. Isaías 32:2 dice que Cristo es “como sombra de gran peñasco en tierra calurosa”. En el *Life-study of Isaiah* (Estudio-vida de Isaías), el hermano Lee dice que esto significa que Cristo, como sombra de gran peñasco, es nuestro aire acondicionado. Él es nuestro refrigerio.

Al poner nuestra mente en el espíritu, también tenemos la sensación de ser regados y de recibir iluminación. Cuando cuidamos de un creyente nuevo, es fácil bombardearlo con muchas referencias bíblicas. Todos conocemos muchos versículos, y aun cuando el creyente nuevo es como un tierno almácigo, con frecuencia lo regamos con una manguera de bomberos al compartirle demasiados versículos. Y mientras más lo hacemos, más nos sentimos vacíos, débiles, envejecidos, en sequedad y en oscuridad. Sin embargo, cuando sólo le compartimos uno o dos versículos, percibimos una sensación de refrigerio, de riego, de iluminación, de unguimiento y de rebosamiento. Esto sucede con frecuencia cuando pastoreamos a los demás.

El sentir de paz, que es el resultado de poner la mente en el espíritu, incluye un sentir interior de alivio y armonía. Es maravilloso tener un sentir interior de armonía en vez de un sentir interior de caos. Si usted tiene un sentir interior de caos, necesita decir: “Señor Jesús, perdóneme. ¿En qué me equivoqué? Me abro a Ti, Señor”. Entonces el Señor le iluminará, y es posible que Él desee que usted le confiese algo o le dé fin a algo. Si usted sigue la dirección que Él le da, el sentir de armonía retornará.

El sentir interior de paz también incluye reposo. En 2 Corintios 2:12-13 Pablo dijo: “Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo y se me abrió puerta en el Señor, no tuve reposo en mi espíritu”. Éstas son seis palabras importantes: *no tuve reposo en mi espíritu*. Pablo estaba gobernado por el reposo que tenía en su espíritu, no por las circunstancias externas. Aun cuando las circunstancias externas eran buenas, con una puerta abierta para predicar el evangelio, él

estuvo atento al reposo que tenía en su espíritu. Nosotros también debemos estar atentos al gozo y la libertad que tenemos en nuestro espíritu, pues esto es vida y paz.

Si miramos el diagrama, podemos observar que poner la mente en la carne da como resultado la muerte, que es exactamente lo opuesto a la vida y la paz. Con la muerte tenemos un sentir de insatisfacción, vaciedad y debilidad. La debilidad relacionada con la muerte no es la debilidad física y externa, porque es posible estar externamente débil, mas interiormente estamos llenos de poder. Este poder interior que nos fortalece es nuestro dinamismo interior, Cristo. El sentir de debilidad asociado con la muerte es una debilidad interna. La muerte también involucra un sentir de vejez, sequedad, oscuridad y depresión. Nadie desea estar viejo, sino que todos queremos sentirnos nuevos, frescos y jóvenes. Tampoco queremos ser secos, rancios ni tibios. Todas estas sensaciones internas se relacionan con el sentir de muerte.

En el diagrama aparece una línea vinculada con la muerte, porque los elementos que están arriba de dicha línea son contrarios a la vida, mientras que los que se hallan debajo son contrarios a la paz. Cuando ponemos nuestra mente en la carne, en lugar de sentir paz tenemos un sentir interior de lucha, discordia, incomodidad, inquietud, dolor, cautiverio o pena. Cualquiera de estas sensaciones debe hacer que nos despertemos y debe obligarnos a volver a nuestro espíritu.

Una de las mejores maneras de poner nuestra mente en el espíritu es orar. En el Nuevo Testamento, uno de los primeros versículos que se refiere tanto al espíritu como a la carne es Mateo 26:41. Cuando el Señor estaba con Sus discípulos en el huerto de Getsemaní, Él dijo: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”. *Getsemaní* significa “prensa de aceite”. Fue allí donde el Señor sufrió gran presión para que el aceite del Espíritu pudiera ser liberado a través de Él en la cruz; pero mientras Él oraba y sufría aquella presión, los discípulos dormían. Me impresiona ver que los discípulos siempre reaccionaban de manera completamente opuesta a cómo reaccionaba el Señor. Cuando Él les pidió que velaran, ellos dormían; pero cuando Él estaba durmiendo en aquella barca durante una gran tormenta, ellos estaban despiertos y sintiéndose desesperados. Él dormía, pero “se le acercaron Sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué os acobardáis así, hombres de poca fe?” (8:25-26). De igual modo, mientras Él en Su agonía oraba en el huerto de Getsemaní, ellos

dormían. Entonces Él les dijo: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil” (26:41). Según Vincent, *velad* denota un “estado de vigilia”; es decir, “no dormirse, estar en alerta”. En cuanto a la oración, Colosenses 4:2 también dice, que necesitamos estar alertas y no dormir: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias”.

Cuando la Biblia declara que la carne es débil, quiere decir que la carne está adormilada. Nuestro espíritu está dispuesto, pero nuestra carne es débil; está adormilada. La nota 1 de Mateo 26:41 dice: “Muchas veces somos así en las cosas espirituales”. Todos somos personas somnolientas. Físicamente estamos adormilados, psicológicamente estamos adormilados y espiritualmente también lo estamos. Aun en las reuniones de la iglesia, en muchas ocasiones he tenido que pedir perdón al Señor porque, mientras estaba físicamente despierto, mi mente se hallaba muy lejos. Esto significa que mi percepción espiritual se hallaba en un estado de somnolencia. Es preciso que desarrollemos el hábito de velar no sólo físicamente, sino también con nuestra mente puesta en el espíritu.

Nuestro espíritu siempre está dispuesto a orar. La oración es la mejor manera de ejercitar nuestro espíritu. Si queremos desarrollar cierto hábito —y velar tal como hemos mencionado se relaciona con el hecho de tener un hábito—, lo mejor que podemos hacer es agotar toda nuestra energía. Por ejemplo, la batería de un auto puede recargarse sólo cuando toda la energía se ha consumido o agotado. Mientras más energía consume la batería, más deberá recargarse. Así pues, mientras más oramos, más podemos orar. Cuanto más oremos, mayor será nuestra habilidad para orar. Aun si pensamos que no sabemos cómo orar, simplemente debemos empezar a orar. Todos pueden decir: “Oh, Señor Jesús”, y todos pueden decir: “Señor Jesús, no sé cómo orar”. Ésta es una oración muy buena. Luego podemos decir: “Señor Jesús, enséñame a orar. Señor Jesús, te necesito ahora mismo”.

Santos, tenemos que luchar contra esta somnolencia triple: la somnolencia física, la somnolencia psicológica y la somnolencia espiritual. La conclusión del libro de Efesios, el cual trata del Cuerpo de Cristo, es una palabra sobre la oración: “Recibid [...] la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios; con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos” (6:17-18). Al orar-leer la Palabra, no debemos hacerlo sólo para alimentarnos o para que todas las cosas

negativas que tenemos en nuestro ser sean aniquiladas, sino que también debemos orar-leer por todos los santos. Debemos recibir la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios, a fin de que podamos velar para ello con toda perseverancia y hacer petición por todos los santos. Luego en el versículo 19 Pablo añade: “Y por mí”. Él también deseaba que los santos oraran por él para que él, como un embajador en cadenas, pudiera dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio y le fuera dada palabra al abrir su boca. Debemos orar-leer por todos los santos y por los siervos del Señor. Claro, debemos orar-leer para recibir el suministro espiritual y para hacer morir todas las cosas negativas de nuestro ser, pero también debemos usar la espada del Espíritu para orar los unos por los otros y para orar por los siervos del Señor que viajan por toda la tierra. Es menester que luchemos en contra de esta somnolencia triple.

Colosenses, un libro sobre la revelación del Cristo todo-inclusivo y quien todo lo abarca, concluye con una palabra en cuanto a la oración: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (4:2). De nuevo, la palabra traducida “velando” significa que uno no duerme, que está alerta. En nuestra oración debemos velar y luchar en contra de la somnolencia física, la somnolencia psicológica y la somnolencia espiritual. El mensaje final del *Estudio-vida de Colosenses* trata de perseverar en la oración.

Necesitamos perseverar porque el enemigo quiere interrumpir nuestra oración. Él hará cualquier cosa por apagar nuestra oración. Justamente cuando nos hayamos detenido para pasar algún tiempo en oración, alguien nos llamará por teléfono. Cada vez que tomemos un tiempo personal para dedicarlo a la oración, debemos apagar nuestro celular. Nuestro tiempo de oración es un momento que pasamos con el Rey de reyes. En una ocasión yo había reservado cierto tiempo para estar con el Señor y le pedí a mi esposa que nadie me molestara; pero tan pronto comencé a orar sonó el teléfono. Entonces mi esposa tocó a mi puerta para decirme que era una llamada de larga distancia, y yo supuse que se trataba de algo importante. Sin embargo, ahora comprendo que no pensé correctamente. Si tuviésemos una cita para entrevistarnos con el presidente de los Estados Unidos, de seguro que no la interrumpiríamos para aceptar una llamada de larga distancia. Si no lo haríamos tratándose del presidente, ¿por qué actuaríamos así con el Rey de reyes? Finalmente, cuando respondí la llamada, resulta

que alguien buscaba a otra persona del mismo nombre, así que una llamada equivocada frustró mi tiempo de oración.

El enemigo intentará toda clase de cosas. Una vez, cuando yo estaba laborando con el hermano Lee, sonó el timbre de la puerta, con respecto a lo cual me dijo: “Ése es el diablo”. Siempre que el hermano Lee laboraba en la Palabra, no quería que nada lo interrumpiera. Cuando él pasaba tiempo en la Palabra, siempre permanecía en un estado y una atmósfera de oración. Su mente estaba puesta en el espíritu. No quería que nada lo interrumpiera.

Debemos desarrollar el hábito de orar. Tan sólo oremos esta oración: “Señor, vive a través de mí”. El hábito de vivir a Cristo debe ser el hábito de orar. Si hacemos de esto un hábito y decimos: “Señor, vive a través de mí. Señor, vive hoy a través de mí por causa de la edificación de Tu Cuerpo hoy”, Él estará contento con esta oración. Debíamos orar continuamente: “Señor, vive a través de mí”. El fundamento básico que sustenta nuestra oración es que amamos al Señor. Ciertamente amamos al Señor y queremos que Él viva por medio de nosotros. Debemos aprender a contactarlo constantemente y a permanecer en comunión íntima con Él. En la práctica, orar es también invocar el nombre del Señor. Es simplemente decir: “Señor Jesús, te amo. Vive a través de mí hoy”. Watchman Nee compuso un himno maravilloso que dice: “Vive en mí, Señor, Tu vida” (*Himnos*, #177). Ésta es una oración maravillosa en la cual le pedimos al Señor que viva en nosotros.

Estamos unidos en matrimonio con el Señor, y puesto que le amamos no debemos dejar de hablar con Él. Cuanto más hablemos con Él, más vida y paz tendremos. Orar es simplemente conversar con el Señor. Debemos hablar con Él todo el tiempo. Una pareja casada se verá en problemas si la esposa dice al esposo: “No deseo hablar contigo”. Debemos aprender a hablar con el Señor todo el tiempo.

En el libro *La edificación del Cuerpo de Cristo*, el hermano Lee habla de la necesidad que tenemos de ser perfeccionados en el sacerdocio. Él nos dice que el sacerdocio perfecciona a los santos a fin de que Cristo sea ofrecido a Dios ante el altar de oro del incienso, y luego nos define lo que quiere decir con ser perfeccionados para orar, diciendo: “Los santos necesitan ser perfeccionados para tener comunión con Dios en un tono conversacional, para disfrutar de Su presencia, para disfrutar al propio Dios Triuno” (pág. 25). Ser perfeccionados para orar ante el altar del incienso simplemente significa que disfrutamos al Señor al hablar con Él en un tono conversacional, y ser

perfeccionados para orar equivale a poner la mente en el espíritu. Debemos hablar con Él todo el tiempo.

En *The Collected Works of Watchman Nee* (Recopilación de las obras de Watchman Nee), el hermano Nee dice: “Debemos comprender que cuando tenemos una conversación cabal con el Señor desde el fondo de nuestro corazón, nuestra intimidad con el Señor entra en otra etapa, y le conocemos un poco más” (tomo 18, pág. 329). Cuanto más conversamos con el Señor, más ganamos de Él y más Él se forja en nuestro ser. El hermano Nee nos dice:

El contacto íntimo que tenemos con Él en esos momentos es mil veces mejor que la comunión general que disfrutamos con Él. Es mediante tal contacto íntimo que progresamos en vida. Debemos llevar todos nuestros problemas al Señor y describírselos; Él puede confortarnos y ayudarnos. Si alguien nunca ha derramado lágrimas delante del Señor, si nunca le ha compartido sobre sus gozos o penas y nunca ha hablado con el Señor sobre asuntos personales, tal persona jamás ha tenido una comunión íntima con el Señor. Jamás ha tenido una relación profunda con Él. No estamos diciendo que uno no pueda pedirles a otros que oren por él o solicitarles su ayuda. Lo que estamos diciendo es que uno sólo puede acercarse más al Señor si le contamos todo. (pág. 329)

Debemos decirle todo a Él. Dígale sus penas y dígale sus alegrías. Cuando estamos contentos, debemos decirle: “Señor, estoy muy contento”. En este mismo mensaje dado por Watchman Nee, él recuenta una experiencia que tuvo C. H. Spurgeon:

En una ocasión, el señor Charles Spurgeon fue con un amigo al campo para andar a caballo después de que había quedado agotado de predicar. Hubo un momento en que él se volvió tan eufórico que saltó del caballo e invitó a su amigo a que hiciera lo mismo, quien, sorprendido de verle actuar así, le preguntó qué era lo que iba a hacer. Entonces le respondió: “Puesto que Dios nos ha concedido tanta alegría, debemos darle gracias en este mismo momento”. Entonces ambos se pusieron de rodillas a un lado del camino y oraron. Si bien no es posible reírse siempre, cada vez que experimentemos gozo debemos decírselo al Señor. Debemos recordar al Señor en nuestro momento de gozo y

compartir nuestro gozo con Él. El Señor nunca nos reprende si tenemos un gozo excesivo. Él se interesa por nuestros sentimientos de manera espontánea. Por lo tanto, cuando sintamos gozo, no debemos olvidar contárselo al Señor. (pág. 330)

**EL LIBRO DE ROMANOS SE CENTRA COMPLETAMENTE  
EN LA VIDA Y CONSTA DE TRES SECCIONES**

**La primera sección trata acerca de la redención  
con miras a la justificación,  
la segunda sección trata acerca de la vida  
con miras a la santificación,  
y la tercera sección trata acerca de la edificación  
con miras al Cuerpo expresado como las iglesias locales**

El libro de Romanos se centra completamente en la vida y consta de tres secciones. La primera sección trata acerca de la redención con miras a la justificación, la segunda sección trata acerca de la vida con miras a la santificación, y la tercera sección trata acerca de la edificación con miras al Cuerpo expresado como las iglesias locales.

**En la sección que trata acerca de  
la vida hay dos expresiones clave  
relacionadas con nuestra vida cristiana:  
*la carne y el espíritu***

En la sección que trata acerca de la vida hay dos expresiones clave relacionadas con nuestra vida cristiana: *la carne y el espíritu*. En una serie de mensajes dados por el hermano Lee en Chicago, en 1975, los cuales fueron publicados en el libro *La carne y el espíritu*, él dice:

En la sección de Romanos que trata de la vida, hay dos términos clave: *la carne y el espíritu*. Los cristianos prestan atención solamente al Espíritu Santo y no al espíritu humano. Sin embargo, tenemos que comprender que en esta sección nuestro espíritu humano es más práctico en nuestra experiencia que el Espíritu Santo. Dos cosas son cruciales en la experiencia de vida: nuestra carne y nuestro espíritu. Por el lado negativo, tenemos que conocer la carne. Por el lado positivo, tenemos que experimentar nuestro espíritu humano, el cual está mezclado con el Espíritu divino (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17). (pág. 7)

**SI QUEREMOS VIVIR POR EL ESPÍRITU MEZCLADO,  
ESTO ES, EL ESPÍRITU QUE ESTÁ CON NUESTRO ESPÍRITU,  
DEBEMOS VER LO QUE ES LA CARNE**

**La carne es el cuerpo que fue corrompido,  
contaminado y transmutado**

Si queremos vivir por el espíritu mezclado, esto es, el Espíritu que está con nuestro espíritu (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17), debemos ver lo que es la carne. La carne es el cuerpo que fue corrompido, contaminado y transmutado.

*El cuerpo humano originalmente era puro,  
pero debido a la caída del hombre,  
Satanás se inyectó en el hombre y el cuerpo del hombre  
llegó a ser la carne*

El cuerpo humano originalmente era puro, pero debido a la caída del hombre, Satanás se inyectó en el hombre y el cuerpo del hombre llegó a ser la carne (Gn. 3:6; Ro. 7:18a). En Romanos 7:18 Pablo dice: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien”. No importa cuán buenos aparentemos ser o cuántas buenas obras hayamos hecho, en nuestra carne no mora el bien.

*Nuestro cuerpo es “el cuerpo de pecado”  
y el “cuerpo de esta muerte”;  
el cuerpo de pecado está muy activo  
y lleno de fuerzas en pecar contra Dios,  
y el cuerpo de esta muerte es débil e impotente  
en actuar para agradar a Dios*

Nuestro cuerpo es “el cuerpo de pecado” (6:6) y el “cuerpo de esta muerte” (7:24); el cuerpo de pecado está muy activo y lleno de fuerzas en pecar contra Dios, y el cuerpo de esta muerte es débil e impotente en actuar para agradar a Dios (v. 18). Pablo dice: “El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (v. 18); ésta era la experiencia que Pablo tenía de su cuerpo de muerte. Él parecía decir: “Quiero hacer el bien, pero no puedo hacerlo”.

*En tanto que vivamos, y hasta el día de nuestra redención,  
este cuerpo de pecado y de muerte siempre nos acompañará*

En tanto que vivamos, y hasta el día de nuestra redención, este cuerpo de pecado y de muerte siempre nos acompañará (cfr. 8:23).

Nuestra carne jamás puede mejorar. Si pensamos que nuestra carne mejorará, estamos en un sueño de engaños y necesitamos despertarnos. No importa cuánto tiempo llevemos de ser creyentes ni cuánto hemos sido transformados; nuestra carne nunca mejorará hasta que sea glorificada.

Cuando una persona que ha estado en el recobro del Señor por muchos años y que ha sido respetada por todos experimenta un tremendo fracaso o se convierte en una fuente de rebelión, puede ser que a veces nos preguntemos cómo fue posible que esa persona hiciera tal cosa. Esto se debe a que nuestra carne jamás puede mejorar. En el libro *La carne y el espíritu*, el hermano Lee dice: “Es como si continuamente estuviéramos ‘a un milímetro’ de estar en la carne” (pág. 22). Podemos estar en el espíritu en un momento y al siguiente instante estar en la carne.

*La palabra carne también se refiere a todo nuestro ser caído;  
el hombre es enteramente carne puesto que hoy  
el ser caído está bajo el dominio de la carne caída*

La palabra *carne* también se refiere a todo nuestro ser caído; el hombre es enteramente carne puesto que hoy el ser caído está bajo el dominio de la carne caída (3:20; Gn. 6:3a). Romanos 3:20 dice: “Por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de Él”. Debido a que el hombre caído está bajo el dominio de la carne —la morada, el “salón de reunión”, del pecado, la muerte y Satanás—, a los ojos de Dios todo el ser del hombre es carne, que es la máxima expresión del hombre tripartito caído. Pero damos gracias al Señor porque, como creyentes regenerados tenemos otro “salón de reunión”, el cual es nuestro espíritu, la morada de Cristo, del Espíritu y de la gracia.

Hay una reunión del pecado, de la muerte y de Satanás que siempre se lleva a cabo en nuestra carne. Aunque esta reunión aún no se ha disuelto, sí se terminará cuando seamos glorificados. Sin embargo, la reunión de Cristo, del Espíritu y de la gracia que se celebra en nuestro espíritu jamás será disuelta.

**La carne es el “salón de reunión”  
y un compuesto del pecado, la muerte y Satanás;  
la carne es un caso perdido  
y jamás podrá ser mejorada**

La carne es el “salón de reunión” y un compuesto del pecado, la muerte y Satanás; la carne es un caso perdido y jamás podrá ser

mejorada (Ro. 7:17-18, 21; cfr. Jn. 17:15). En Romanos 7:18-20 Pablo dice:

Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico. Mas si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.

Esto indica que, al igual que todos los hombres, el pecado estaba en la carne de Pablo como otra persona que moraba en él. Satanás entró como pecado en el hombre caído y ahora obliga al hombre a cometer cosas que no quiere hacer. En el caso de Pablo se trataba de la codicia, pero con respecto a nosotros puede ser toda clase de cosas.

Pablo concluye en el versículo 21, diciendo: “Así que yo, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está conmigo”. Cada vez que tratamos de hacer el bien, despertamos esta ley negativa del pecado que está en nuestros miembros, y de inmediato el mal está con nosotros. No debiéramos procurar hacer el bien; antes bien, debemos poner nuestra mente en el espíritu, ejercitar nuestro espíritu, usar nuestro espíritu y estar atentos a nuestro espíritu al orar e invocar el nombre del Señor, al conversar con el Señor, al alabar al Señor, al entonar cánticos espirituales, al orar-leer la Palabra y al clamar: “¡Abba, Padre!”. Debemos clamar “Abba, Padre” no sólo cuando participamos en la mesa del Señor, sino también durante todos nuestros días.

**La carne está en enemistad con Dios,  
no se sujeta a la ley de Dios,  
y nunca puede agradecer a Dios**

La carne está en enemistad con Dios, no se sujeta a la ley de Dios, y nunca puede agradecer a Dios (8:7-8). La expresión *en enemistad* significa “activamente opuesto a” u “hostil con”. Así pues, la carne está activamente opuesta a Dios y es hostil con Dios. La carne no se sujeta a la ley de Dios y nunca puede agradecer a Dios.

**El pecado es Satanás  
mismo como “el mal” en nuestra carne**

El pecado es Satanás mismo como “el mal” en nuestra carne (Jn. 17:15; Ro. 7:21). El pecado, personificado aquí como “el mal”, posee la vida, la naturaleza y el carácter malignos de Satanás mismo.

*“El mal” es la vida, la naturaleza  
y el carácter malignos de Satanás mismo,  
quien es el pecado que mora en nosotros;  
cuando el pecado está inactivo dentro de nosotros,  
es meramente el pecado, pero cuando lo despertamos  
queriendo hacer nosotros el bien,  
el pecado se convierte en “el mal”*

“El mal” es la vida, la naturaleza y el carácter malignos de Satanás mismo, quien es el pecado que mora en nosotros; cuando el pecado está inactivo dentro de nosotros, es meramente el pecado, pero cuando lo despertamos queriendo hacer nosotros el bien, el pecado se convierte en “el mal”. Cuando nosotros queremos hacer el bien, se despierta el mal en nuestra carne. En lugar de tratar de hacer el bien, debemos orar, volvernos a nuestro espíritu, invocar al Señor, cantarle al Señor, tener comunión con el Señor y poner nuestros ojos en Jesús.

*El pecado puede engañarnos, matarnos, enseñorearse de nosotros,  
es decir, ejercer dominio sobre nosotros,  
y llevarnos a hacer cosas en contra de nuestra voluntad;  
todas estas actividades muestran  
que el pecado es una persona viva*

El pecado puede engañarnos, matarnos (v. 11), enseñorearse de nosotros, es decir, ejercer dominio sobre nosotros (6:12, 14), y llevarnos a hacer cosas en contra de nuestra voluntad (7:17, 20); todas estas actividades muestran que el pecado es una persona viva. Pablo dice en Romanos 7:11 que “el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató”. En el capítulo 6 Pablo hizo saber que el pecado puede reinar en nosotros y enseñorearse de nosotros, es decir, puede ejercer dominio sobre nosotros (vs. 12, 14). El pecado nos lleva a hacer cosas en contra de nuestra voluntad. Pablo dice: “No practico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (7:15). Ésta es la verdadera condición del hombre caído, y ésta será nuestra condición cada vez que tratemos de ser un buen hermano o una buena hermana. Por lo tanto, Pablo afirma: “De manera que ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí” y “Si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (vs. 17, 20). Estos versículos muestran que el pecado es una persona viva.

*El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, el maligno,  
quien, habiéndose inyectado en el hombre  
por medio de la caída de Adán,  
ahora ha llegado a ser la naturaleza misma del pecado,  
la cual mora, actúa y opera en el hombre caído*

El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, el maligno, quien, habiéndose inyectado en el hombre por medio de la caída de Adán, ahora ha llegado a ser la naturaleza misma del pecado, la cual mora, actúa y opera en el hombre caído (cfr. Mt. 16:22-23). En Mateo 16, cuando el Señor le preguntó a Sus discípulos acerca de quién consideraban ellos que era Él, Pedro recibió una gran revelación de parte de Dios y dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 16). Entonces el Señor le respondió y dijo: “Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos. Y Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (vs. 17-18). El Señor le dijo a Pedro que él era una piedra, y que sobre la roca de la revelación que Pedro acababa de recibir con respecto a Él, el Señor edificaría Su iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerían contra ella. Ésta fue una gran revelación, y sin duda Pedro estaba en el espíritu en el momento que recibió esa revelación.

Inmediatamente después de hablar en cuanto a la edificación de la iglesia, el Señor comenzó a decirles a Sus discípulos cómo llevaría a cabo esa edificación:

Comenzó Jesús a manifestarles a Sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer muchas cosas de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprenderle, diciendo: ¡Dios tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda eso! Pero Él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de Mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mente en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (vs. 21-23).

De repente, a los ojos del Señor, Pedro era Satanás. De este modo, Pedro recibió la revelación acerca de quién era Cristo y cuál era el deseo del corazón de Dios, pero un instante después, el Señor lo llamó Satanás.

*En Gálatas 2:20 Pablo dice:  
 “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”,  
 y en Romanos 7:17 él dice:  
 “Ya no soy yo [...] sino el pecado que mora en mí”;  
 esto nos muestra que el pecado es otra persona  
 que está dentro de nosotros*

En Gálatas 2:20 Pablo dice: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”, y en Romanos 7:17 él dice: “Ya no soy yo [...] sino el pecado que mora en mí”; esto nos muestra que el pecado es otra persona que está dentro de nosotros. El pecado, en realidad, es otra persona que mora en nosotros.

*En nuestra carne no mora el bien,  
 porque la carne está completamente poseída, usurpada,  
 por Satanás como pecado*

En nuestra carne no mora el bien, porque la carne está completamente poseída, usurpada, por Satanás como pecado (v. 18a). En Romanos 7:25 Pablo dice: “Yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”. La nota 1 dice:

La frase *yo mismo con la mente* indica que la mente, que representa al ego, trata de hacer el bien por su cuenta. Aunque la ley del bien en la mente (v. 23) nos inclina a hacer el bien, la mente siempre es derrotada porque la ley del pecado en nuestros miembros es más fuerte que la mente independiente.

Nunca debemos estar en la esfera de “yo mismo con la mente”. Siempre que estemos en esa esfera, estaremos dependiendo de nuestro propio poder y esfuerzo para guardar la ley del bien en nuestra mente. De ese modo, la ley del pecado y de la muerte nos derrotará automáticamente. En lugar de eso, tenemos que activar el interruptor de la ley del Espíritu de vida.

**POR EL BIEN DE SU ECONOMÍA, DIOS,  
 SEGÚN SU SABIDURÍA Y SU SOBERANÍA,  
 USA NUESTRA CARNE PECAMINOSA Y ABORRECIBLE  
 PARA OBLIGARNOS A VOLVERNOS A NUESTRO ESPÍRITU  
 A FIN DE QUE GANEMOS MÁS DEL ESPÍRITU  
 POR CAUSA DE SU EDIFICACIÓN, LA CUAL SE LLEVA A CABO  
 MEDIANTE EL CRECIMIENTO DE DIOS EN NOSOTROS**

Por el bien de Su economía, Dios, según Su sabiduría y Su soberanía, usa nuestra carne pecaminosa y aborrecible para obligarnos a

volvemos a nuestro espíritu a fin de que ganemos más del Espíritu por causa de Su edificación, la cual se lleva a cabo mediante el crecimiento de Dios en nosotros (Col. 2:19; Zac. 4:6). Aunque esto no sea emocionante, es una palabra sana que necesitamos desesperadamente. Dios usa nuestra carne pecaminosa y aborrecible para obligarnos a volvernos a nuestro espíritu a fin de que ganemos más del Espíritu por causa de Su edificación, la cual se lleva a cabo mediante el crecimiento de Él en nosotros.

A Dios no le interesa nuestra victoria, éxito o espiritualidad. A Dios sólo le interesa que nosotros ganemos más de Él y que Él sea forjado en nosotros. Muchas veces, cuando tenemos éxito, pensamos que somos estupendos. No obstante, nuestros fracasos hacen que nos sintamos desesperados por volvernos a nuestro espíritu. Esto no quiere decir que en forma deliberada debemos tratar de fracasar. Esto no depende de que tengamos éxito o que fracasemos, sino de que ganemos más de Cristo y que Dios se forje más en nosotros. Zacarías 4:6 dice: “No con ejército, ni con fuerza, sino con Mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”, y Colosenses 2:19 dice: “Asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el Cuerpo [...] crece con el crecimiento de Dios”. Estos versículos indican que necesitamos más del Espíritu y más del crecimiento de Dios en nosotros.

**Nosotros estamos en el espíritu o en la carne;  
 no existe un tercer lugar donde podamos estar;  
 el creyente es una miniatura del huerto de Edén,  
 donde está Dios como el árbol de la vida en su espíritu,  
 Satanás como el árbol del conocimiento en su carne,  
 y en medio de estos dos, su mente**

Nosotros estamos en el espíritu o en la carne; no existe un tercer lugar donde podamos estar; el creyente es una miniatura del huerto de Edén, donde está Dios como el árbol de la vida en su espíritu, Satanás como el árbol del conocimiento en su carne, y en medio de estos dos, su mente (Ro. 8:6). No podemos ser neutrales. Antes de la caída, el hombre era neutral, pero debido a la caída ya no es posible ser neutrales. Nosotros estamos en el espíritu o en la carne; no existe un tercer lugar donde podamos estar. Cada creyente es una miniatura del huerto de Edén: Dios, como árbol de la vida está en nuestro espíritu, Satanás, como árbol del conocimiento está en nuestra carne, y en medio de

estos dos, está nuestra mente. Ahora nuestra mente o está puesta en la carne o en el espíritu.

**Desde la perspectiva jurídica,  
tanto Satanás como nuestra carne  
fueron condenados una vez y para siempre en la cruz,  
sin embargo, Dios ha permitido  
que la carne permanezca con nosotros  
para ayudarnos y obligarnos a volvernos  
a Cristo en nuestro espíritu  
y a no tener ninguna confianza en la carne**

Desde la perspectiva jurídica, tanto Satanás como nuestra carne fueron condenados una vez y para siempre en la cruz (v. 3; Jn. 3:14; He. 2:14; 2 Co. 5:21), sin embargo, Dios ha permitido que la carne permanezca con nosotros para ayudarnos y obligarnos a volvernos a Cristo en nuestro espíritu y a no tener ninguna confianza en la carne (Fil. 3:3). Nuestra carne terrible y aborrecible es el salón de reunión del pecado, de la muerte y de Satanás, y debido a que ella está con nosotros todo el tiempo, debemos sentirnos desesperados por volvernos a nuestro espíritu y no tener absolutamente ninguna confianza en la carne. No debemos tener confianza en nuestra carne, porque en la práctica, la carne es lo mismo que el pecado, la muerte y Satanás. Por consiguiente, en Filipenses 3:3 Pablo dice: “Nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”. Cuando Pablo dice: “Nosotros somos la circuncisión”, él está diciendo: “Somos aquellos que hemos cortado la carne”. Necesitamos orar así: “Señor, hazme uno que ha cortado la carne y sirve por el Espíritu de Dios, que se gloria y exalta en Cristo Jesús, que se jacta en Cristo Jesús y que no tiene confianza en la carne”.

Una definición práctica de no tener confianza en la carne es que siempre tengamos la actitud de que podemos estar equivocados. Con respecto a esto el hermano Nee dice:

Cuanto menos luz reciban las personas de parte de Dios, más capaces se creen de obedecer a Dios sin ningún problema. Los que se jactan sólo muestran que no han pagado el precio del quebrantamiento. Los que declaran estar muy cerca del Señor, muchas veces son los que se encuentran más alejados de Él. A los que carecen de luz les es fácil

afirmar que están muy cerca de Dios, cuando en realidad viven alejados de Dios. Sólo después de recibir la disciplina del Señor reconocen cuán necios son y cuán llenos de conceptos están, pues antes siempre se habían creído muy acertados en sus opiniones, sentimientos, métodos, puntos de vista y en sus mismas personas. Al respecto, el apóstol Pablo obtuvo la gracia de Dios de diversas maneras, la principal, según mi parecer, se halla en lo que dice Filipenses 3:3: “No teniendo confianza en la carne”. Pablo aprendió que la carne no era nada confiable. También nosotros necesitamos que Dios nos lleva a reconocer que no debemos confiar en nuestros propios juicios. Dios permitirá que cometamos error tras error hasta que, humillados, confesemos: “Mi vida pasada está llena de errores; mi vida actual también y en el futuro seguramente me seguiré equivocando. Señor, necesito Tu gracia”. Con frecuencia el Señor permite que nuestros juicios nos acarreen graves consecuencias. Casi siempre que emitimos un juicio sobre algún asunto, resulta equivocado. Aún así, damos nuestra opinión una vez más. En otros casos, el error es tan terrible que no podemos recuperar lo perdido. Finalmente quedamos tan golpeados por nuestros fracasos que cuando se nos pide juzgar otro caso, decimos: “Temo a mis propios juicios como al fuego del infierno, pues mis juicios, mis opiniones y mi conducta están llenos de errores. Señor, tengo la tendencia de cometer errores, pues soy un simple ser humano lleno de equivocaciones. A menos que Tú tengas misericordia de mí, me llesves de la mano y me guardes, me seguiré equivocando”. Cuando oramos así, nuestro hombre exterior empieza a desmoronarse y no nos atrevemos a confiar en nosotros mismos. (*El quebrantamiento del hombre exterior y la liberación del espíritu*, págs. 74-75)

Cada vez que distintos hermanos nos reunimos para tener comunión en cuanto a diversos asuntos, disfruto el espíritu, la actitud y la atmósfera que imperan en nuestra comunión porque cada hermano está dispuesto a presentar su comunión en la presencia del Señor, pero siempre con la actitud de que puede estar equivocado. Esto quiere decir que no tenemos confianza en la carne.

**Sin la ayuda que nos provee  
nuestra carne pecaminosa y aborrecible,  
no nos sentiríamos tan desesperados por ganar al Señor  
ni por que Él se forje en nuestro ser**

Sin la ayuda que nos provee nuestra carne pecaminosa y aborrecible, no nos sentiríamos tan desesperados por ganar al Señor ni por que Él se forje en nuestro ser (Ro. 8:6, 13). El versículo 13 dice: “Si vivís conforme a la carne, habréis de morir; mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis”. Morir aquí es un asunto espiritual y no físico, y los hábitos del cuerpo “no sólo incluyen las cosas pecaminosas, sino también todas las cosas que nuestro cuerpo hace aparte del Espíritu” (véanse las notas 1 y 3). Cuando leí esto por primera vez, tuve que confesar: “Señor Jesús, perdóname. ¿Cuántas cosas hago con mi cuerpo estando separado del Espíritu?”. Tenemos que arrepentirnos y hacer morir los hábitos del cuerpo a fin de que podamos vivir.

**Es posible que nosotros tengamos por meta la santidad,  
la espiritualidad o la victoria,  
pero la meta de Dios es forjarse en nuestro ser;  
a menudo cuando nos encontramos en una situación difícil,  
estamos más abiertos al Señor y más dispuestos  
a volvernos a Él y a permitir que Él se forje en nosotros**

Es posible que nosotros tengamos por meta la santidad, la espiritualidad o la victoria, pero la meta de Dios es forjarse en nuestro ser; a menudo cuando nos encontramos en una situación difícil, estamos más abiertos al Señor y más dispuestos a volvernos a Él y a permitir que Él se forje en nosotros (vs. 28-29). Esto no es sólo doctrina, sino nuestra experiencia.

**Si le buscamos a Él,  
incluso el compuesto pecaminoso que es nuestra carne,  
vendrá a ser una ayuda para que ganemos al Señor;  
debido a que fracasamos tan a menudo,  
nos sentimos desesperados por volvernos a nuestro espíritu,  
y de este modo, ganamos más del Espíritu**

Si le buscamos a Él, incluso el compuesto pecaminoso que es nuestra carne, vendrá a ser una ayuda para que ganemos al Señor; debido a que fracasamos tan a menudo, nos sentimos desesperados por

volvernos a nuestro espíritu, y de este modo, ganamos más del Espíritu (cfr. Éx. 23:23, 29-30; Jue. 2:21—3:4).

**Nuestras dificultades, derrotas, fracasos y desilusiones  
nos llevan a comprender que no tenemos ninguna esperanza  
en la carne; la carne únicamente sirve  
para obligarnos a que nos volvamos a Cristo  
en nuestro espíritu, nos compela a entrar en el espíritu,  
nos hace que estemos desesperados por adentrarnos  
en el espíritu y hace que nos mantengamos vigilantes  
para estar siempre en el espíritu**

Nuestras dificultades, derrotas, fracasos y desilusiones nos llevan a comprender que no tenemos ninguna esperanza en la carne; la carne únicamente sirve para obligarnos a que nos volvamos a Cristo en nuestro espíritu, nos compela a entrar en el espíritu, nos hace que estemos desesperados por adentrarnos en el espíritu y hace que nos mantengamos vigilantes para estar siempre en el espíritu (Mt. 26:41; Ef. 6:17-18). No estamos en una utopía. Por tanto, cuando tenemos dificultades, derrotas, fracasos y desilusiones, debemos recordar que éstas son el medio que nos llevan a comprender que no tenemos ninguna esperanza en la carne y que nos obligan a volvernos a nuestro espíritu.

En Éxodo 17 vemos un cuadro de nuestra lucha contra la carne. Los hijos de Amalec salieron a pelear contra los hijos de Israel. Por lo tanto, Moisés le pidió a Josué que escogiera algunos hombres para salir a pelear contra Amalec, mientras que él, Aarón y Hur subirían a la cumbre de un collado desde la cual verían la batalla. Cuando Moisés alzaba su mano, Israel vencía; pero cuando él bajaba su mano, Amalec vencía. No obstante, como las manos de Moisés se cansaban, tomaron una piedra y la pusieron debajo de él. Moisés se sentó sobre ella, mientras Aarón y Hur sostenían sus manos, uno de un lado y el otro del otro lado; así se mantuvieron firmes sus manos hasta que se puso el sol. Como resultado, Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada (vs. 8-15). En el collado estaba Moisés, que representa al Cristo ascendido, junto con Aarón (el sacerdocio) y Hur (el reinado), y abajo, en la batalla, estaba Josué, que representa al Espíritu que combate, luchando contra Amalec, quien tipifica a la carne, la totalidad del viejo hombre caído. Las notas de los versículos 11 y 12 de *Holy Bible, Recovery Versión* [Santa Biblia, Versión Recobro] dicen:

Mientras Moisés alzaba su mano, Josué combatía por el pueblo y vencía. Aquel Moisés que en la cima del monte alzaba su mano tipifica al Cristo ascendido que intercede de continuo en los cielos (Ro. 8:34b; He. 7:25; cfr. 1 Ti. 2:8), y Josué tipifica al Cristo que, como el Espíritu que mora en nosotros, combate contra la carne (Ro. 8:9-11; Gá. 5:16-17). Amalec fue derrotado por Israel mediante el suministro del maná (cap. 16) y del agua viva (vs. 1-6) así como por la mano alzada de Moisés y el combate librado por Josué. Igualmente, vencemos nuestra carne al comer y beber a Cristo como nuestro suministro de vida, al orar junto con el Cristo intercesor y al hacer morir la carne por el Cristo que es el Espíritu que combate (Ro. 8:13 y la nota 2; Gá. 5:24 y la nota 2). (Éx. 17:11, nota 1)

Como aquel que oraba en la cima del monte, Moisés tipifica a Cristo, pero como aquel cuyas manos se cansaban, él nos representa a nosotros. Esto significa que mientras Cristo ora en los cielos, nosotros también debemos orar en la tierra (1 Ti. 2:8). Debido a que la carne jamás cambia ni mejora, a fin de prevalecer contra ella tenemos que orar sin cesar (1 Ts. 5:17; Col. 4:2), uniéndonos a Cristo en Su intercesión. Sin embargo, con frecuencia nuestras manos intercesoras se cansan. Por tanto, necesitamos una piedra que nos sustente, y necesitamos la ayuda de Aarón y Hur. La piedra, una base sólida para nuestra vida de oración, denota que comprendemos que en nosotros mismos somos débiles y que para sostener nuestra oración necesitamos que Cristo sea nuestro sustento (cfr. Jn. 15:5b). Aarón, el sumo sacerdote (28:1; He. 5:1, 4), representa el sacerdocio, mientras que Hur, de la tribu de Judá (31:2), representa el reinado (Gn. 49:10). El sacerdocio guarda relación con el Lugar Santísimo, el cual en nuestra experiencia siempre está relacionado con nuestro espíritu (He. 10:19 y la nota). Por tanto, para sostener nuestras oraciones y, así, derrotar la carne, es necesario que el sacerdocio fortalezca nuestro espíritu. También es necesario que obedezcamos al Señor sujetándonos a Su autoridad, el reinado. Más aún, Hur está vinculado a la edificación del tabernáculo (31:2-5), y Éxodo está orientado hacia esta

meta. Esto indica que la edificación de la iglesia debe ser la meta de nuestras oraciones. (17:12, nota 1)

Éxodo 17:14 dice: “Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para que sea recordado en un libro, y di a Josué que borraré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo”. ¡Aleluya! Al final del reino milenar, Cristo borraré del todo la memoria de la carne para siempre. No obstante, en esta era necesitamos la carne para ayudarnos y obligarnos a volvernos a nuestro espíritu. Finalmente, cuando seamos transfigurados, será borrada del todo la memoria de la carne.

**Al Señor no le interesa  
si experimentamos la victoria o no;  
al Señor sólo le interesa una cosa:  
que nosotros le ganemos a Él como el Espíritu**

Al Señor no le interesa si experimentamos la victoria o no; al Señor sólo le interesa una cosa: que nosotros le ganemos a Él como el Espíritu (Fil. 3:8; 2 Co. 3:17-18). En *La carne y el Espíritu* el hermano Lee dice:

La carga que tengo es que comprendamos que Satanás está en nuestra carne, y que Cristo está en nuestro espíritu. Tenemos un enemigo en nuestra carne, y un amado Salvador en nuestro espíritu. ¿Qué hemos de hacer? ¿Nos volveremos a nuestro enemigo para cooperar con él? ¿Coordinaremos con él, o acudiremos a Cristo y seremos uno con Él? Tal vez digamos: “Por supuesto que no voy a seguir a Satanás sino a Cristo”. Yo sé que usted dirá estas palabras, pero es fácil decir esto. En realidad necesitamos sufrir muchos fracasos y derrotas, lo cual nos forzará a darnos cuenta de que no hay esperanza en la carne. La carne sólo sirve para forzarlo a uno a volverse a Cristo en el espíritu. (págs. 25-26)

Esto no quiere decir que debemos procurar fracasar. En lugar de eso, tenemos que ejercitar nuestro espíritu para vivir a Cristo. El Señor se encargará del arreglo soberano de nuestras derrotas y fracasos. El hermano Lee continúa:

Nuestra vida matrimonial también es usada por el Señor. El propósito de Dios es usar la vida matrimonial de uno para forzarlo a volverse al espíritu. Sin nuestra esposa y sin nuestros hijos no podemos ganar mucho de Cristo. Las

esposas ayudan a los esposos a volverse a Cristo, y los esposos ayudan a las esposas a volverse a Cristo. Alabado sea el Señor por las dificultades. Alabado sea el Señor por las derrotas y los fracasos. Alabo al Señor por tantas veces que dije: “Renuncio, no puedo más”. Alabo al Señor por las desilusiones, pues sin estas cosas negativas, nunca seremos forzados a volvernos al espíritu. Nunca estaremos conscientes de que necesitamos a Cristo. Necesitamos a Cristo minuto a minuto. Tenemos que regresar una y otra vez al espíritu.

Ninguna carne es buena. De la misma manera que no hay estiércol bueno y estiércol malo, no hay carne buena y carne mala. La carne es solamente carne. Cuando la carne nos molesta y nos obliga a volvernos a nuestro espíritu, Dios se alegra con nosotros. Quizá usted haya pensado que después de creer en Cristo, todo va a ser maravilloso. Pero después de cierto tiempo, es posible que se haya vuelto la persona más abatida; quizá hasta desee nunca haberse hecho cristiano. Es probable que aun desee abandonar a Cristo. Gracias al Señor, que una vez que el Señor nos cautiva, lo hace para siempre. En cierto sentido, ser cristiano es un gozo, pero por otro, no vamos a estar muy felices. ¿Qué haremos? Si estamos felices o no, de todos modos estamos aquí.

En las reuniones estamos realmente alegres, pero ¿estamos felices cuando regresamos a la casa a nuestro diario vivir? Estar en una conferencia es como estar en la cima de una montaña con el Señor Jesús, pero regresar a la casa es regresar al valle. Cuando venimos a las reuniones, subimos, pero cuando regresamos a la casa después de la reunión, bajamos. ¿Qué podemos hacer? No debemos desilusionarnos. Necesitamos la comprensión apropiada de la vida cristiana. No debemos ilusionarnos pensando que todo es maravilloso en la vida cristiana. Mi carga es despertarlos de ese sueño. No sueñen más. Tenemos que comprender que mientras estamos en esta tierra, necesitamos la ayuda de la carne para ser forzados a volvernos a Cristo en nuestro espíritu. (págs. 26, 31-32)

**NUESTRO ESPÍRITU ES UN MARAVILLOSO COMPUESTO:  
ESTÁ COMPUESTO DE CRISTO, EL ESPÍRITU Y LA GRACIA**

**Dios desea que nosotros andemos  
conforme a este maravilloso espíritu compuesto  
(es decir, que nuestro ser y nuestro vivir,  
con todo lo que decimos y hacemos, sea conforme al espíritu)**

Nuestro espíritu es un maravilloso compuesto: está compuesto de Cristo, el Espíritu y la gracia (2 Ti. 4:22; Ro. 8:16; Gá. 6:18). Dios desea que nosotros andemos conforme a este maravilloso espíritu compuesto (es decir, que nuestro ser y nuestro vivir, con todo lo que decimos y hacemos, sea conforme al espíritu) (Ro. 8:4; Fil. 1:19; 1 Co. 6:17; cfr. Éx. 30:23-25).

**Únicamente aquellos que andan conforme al espíritu  
pueden ser miembros apropiados  
para la edificación de una iglesia local;  
si no somos aquellos que tienen tal andar, tarde o temprano  
causaremos problemas a nuestra iglesia local**

Únicamente aquellos que andan conforme al espíritu pueden ser miembros apropiados para la edificación de una iglesia local; si no somos aquellos que tienen tal andar, tarde o temprano causaremos problemas a nuestra iglesia local (Gá. 5:16-26). Esta palabra tiene que arder en nuestro ser. Necesitamos orar: “Señor, por Tu misericordia, hazme una persona que anda conforme al espíritu. No quiero causar problemas a mi iglesia local; antes bien, deseo ser una persona que anda conforme al espíritu”.

**Romanos revela que todo lo que somos, todo lo que hacemos  
y todo lo que tenemos debe estar en el espíritu;  
esto nos guardará de la vanidad de la religión**

*La realidad de todas las cosas espirituales  
radica en el Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios  
está en nuestro espíritu; así que, la realidad de todos  
los asuntos espirituales radica en nuestro espíritu,  
y no en algo aparte de nuestro espíritu*

Romanos revela que todo lo que somos, todo lo que hacemos y todo lo que tenemos debe estar en el espíritu; esto nos guardará de la vanidad de la religión (1:9; 7:6; Fil. 3:3). La realidad de todas las cosas

espirituales radica en el Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios está en nuestro espíritu; así que, la realidad de todos los asuntos espirituales radica en nuestro espíritu, y no en algo aparte de nuestro espíritu (Ro. 8:5-6, 9-11).

*Todo lo que está en nosotros es vanidad,  
a menos que esté “internamente”,  
en nuestro espíritu, no “externamente”, en la carne*

Todo lo que está en nosotros es vanidad, a menos que esté “internamente”, en nuestro espíritu, no “externamente”, en la carne (2:28-29; 8:4, 10, 13; 12:11).

*Todo lo que Dios es para nosotros  
se encuentra en nuestro espíritu*

Todo lo que Dios es para nosotros se encuentra en nuestro espíritu (8:16; 2 Ti. 4:22). Como indicamos en un mensaje anterior, en nuestro espíritu mezclado no tenemos ningún problema, así que no es necesario buscar una solución. Todo lo que necesitamos se halla en nuestro espíritu (Fil. 1:19; 4:23). Todo lo que Dios es para nosotros se encuentra en nuestro espíritu.

**Dios reservó el espíritu humano para Su propósito**

Dios reservó el espíritu humano para Su propósito (Zac. 12:1; Pr. 20:27).

**Nuestro espíritu hoy es la verdadera Bet-el,  
la casa de Dios y la puerta del cielo; cuando nos volvemos  
a nuestro espíritu, estamos en el tercer cielo**

Nuestro espíritu hoy es la verdadera Bet-el, la casa de Dios y la puerta del cielo; cuando nos volvemos a nuestro espíritu, estamos en el tercer cielo (Ef. 2:22; Gn. 28:12, 17, 19).

**Cuando estamos en nuestro espíritu,  
estamos en el Lugar Santísimo, donde tocamos  
el trono de la gracia y somos sustentados por Cristo  
para llevar una vida celestial en la tierra**

Cuando estamos en nuestro espíritu, estamos en el Lugar Santísimo, donde tocamos el trono de la gracia y somos sustentados por Cristo para llevar una vida celestial en la tierra (He. 10:22a; 4:16).

**En nuestro espíritu podemos vencer el mundo,  
y el maligno no puede tocarnos;  
la única manera de vencer a Satanás  
es permanecer en el alto refugio  
de nuestro espíritu regenerado**

En nuestro espíritu podemos vencer el mundo, y el maligno no puede tocarnos; la única manera de vencer a Satanás es permanecer en el alto refugio de nuestro espíritu regenerado (1 Jn. 5:4, 18; Jn. 3:6; 14:30). En 1 Juan 5:4 se nos dice: “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”, y en Juan 3:6 dice: “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. Estos versículos nos muestran que nuestro espíritu vence al mundo. En 1 Juan 5:18 leemos: “Todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues el que es nacido de Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca”. Esto indica que cuando estamos en nuestro espíritu, el maligno no puede tocarnos. Por consiguiente, la única manera de vencer a Satanás es permanecer en el alto refugio de nuestro espíritu regenerado.

**Debido a que Cristo como Espíritu vivificante  
se ha impartido en nuestro espíritu,  
nuestro espíritu es vida (gr. *zoé*)**

Debido a que Cristo como Espíritu vivificante se ha impartido en nuestro espíritu, nuestro espíritu es vida (gr. *zoé*) (Ro. 8:10).

**Nuestro espíritu es el lugar de unidad;  
únicamente podemos ser uno  
si adoramos a Dios en nuestro espíritu,  
el cual es la Jerusalén actual**

Nuestro espíritu es el lugar de unidad; únicamente podemos ser uno si adoramos a Dios en nuestro espíritu, el cual es la Jerusalén actual (Jn. 4:23-24; Sal. 133).

**Cristo, el alimento celestial y espiritual,  
está en nuestro espíritu,  
y nosotros debemos comerlo a Él a fin de ser Su testimonio  
y crecer en Él con miras a la edificación de Su Cuerpo**

Cristo, el alimento celestial y espiritual, está en nuestro espíritu, y nosotros debemos comerlo a Él a fin de ser Su testimonio y crecer en Él con miras a la edificación de Su Cuerpo (Jn. 6:57, 63).

Esto es la carne y el espíritu. Siento que, por causa de nuestro futuro en el recobro del Señor, todos nosotros debemos valorar esta sana palabra como el tesoro que es.—E. M.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS

**Un sacerdote que labora,  
sacerdote del evangelio de Dios  
y  
servir a Dios en el evangelio de Su Hijo  
(Mensaje 12)**

Lectura bíblica: Ro. 1:9; 15:16, 29; 16:25-27

- I. “Para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles, un sacerdote que labora, sacerdote del evangelio de Dios, para que los gentiles sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”—Ro. 15:16:
  - A. La labor que Pablo realizaba en favor de los gentiles como sacerdote del evangelio de Dios, fue un servicio sacerdotal ofrecido a Dios, y los gentiles que ganó mediante la predicación del evangelio fueron una ofrenda presentada a Dios—1 P. 2:5:
    1. Por medio de este servicio sacerdotal, muchos gentiles, que eran inmundos y contaminados, fueron santificados en el Espíritu Santo y llegaron a ser tal ofrenda, una ofrenda aceptable a Dios—Ro. 15:16; 16:4-5.
    2. Estos gentiles fueron separados de las cosas profanas y fueron saturados con la naturaleza y el elemento de Dios, y así fueron santificados tanto en posición como en su modo de ser; tal santificación ocurre en el Espíritu Santo—6:19; 15:16.
    3. Basado en la redención de Cristo, el Espíritu Santo renueva, transforma y aparta para santidad a los que han sido regenerados al creer en Cristo—3:24; 12:2; Jn. 3:15.
  - B. Pablo es un modelo del sacerdocio del evangelio; en la Epístola a los Romanos, la cual trata acerca del evangelio de Dios, él nos dice cómo los pecadores pueden ser salvos y justificados al creer en el Señor, cómo ellos avanzan en Cristo al ser santificados y transformados, y cómo ellos mismos se presentan en sacrificio vivo a Dios, para llegar a ser miembros del Cuerpo